

Los símbolos del nosotros frente al otro en la Nueva España durante la dominación española (Siglos XVI y XVII)

Lisandro David Hormaeche
Instituto de Historia Americana
Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de La Pampa

RESUMEN

Las consecuencias de la conquista del Nuevo Mundo afectaron a las sociedades nativas en todos los niveles: demográfico, económico, social e ideológico. Las representaciones que se sucedieron en el espacio hispanoamericano, y el desgarró cultural que se produjo en el proceso colonial, dieron como fruto una alta complejidad en las relaciones interpersonales.

Esta complejidad era reflejo de un imaginario colectivo que estaba intentando quebrarse, trasponiendo elementos tan significativos para la sociedad europea, pero, en casos, tan vacíos para la sociedad del Nuevo Mundo. El imperio colonial encontró nuevos individuos a los cuales “evangelizar”, pero también nuevos desafíos con los cuales luchar. El fuerte arraigo de los símbolos locales y de las representaciones culturales americanas, fueron el elemento de mayor controversia frente a la idea totalizadora de la iglesia católica.

La exposición de diferentes representaciones de los pobladores del Nuevo Mundo y sus costumbres, se plasmó en las diversas crónicas de los primeros conquistadores, de los religiosos y de las autoridades reales, que plasmaron en sus escritos, no solo sus ideas y observaciones, sino todas sus representaciones: del mundo, de la vida, de Dios.

Uno de los elementos más importantes fue la cruz, como símbolo de unión entre lo celestial y lo terrenal, y como reflejo emblemático de la religión cristiana. Este símbolo fue cobrando con el tiempo un protagonismo que solo se explicará por el alto grado de aculturación sufrido por las sociedades

hispanoamericanas y por el profundo significado que adquirió.

1. El problema

Cuando la libertad es poseída, prohibida o quitada por otros, no tardan en aparecer manifestaciones que objetan la dominación hegemónica. De esta manera, la llegada de los españoles al continente americano implicó cambios dentro del sistema indígena. El trauma de la conquista no se limitó sólo al impacto psicológico y a la desaparición de los dioses antiguos, los europeos además de servirse de las instituciones nativas, llevaron a cabo su desintegración, dejando solo estructuras parciales que sobrevivieron fuera del contexto coherente que les había dado sentido.

Las consecuencias destructoras de la conquista afectaron a las sociedades nativas en todos los niveles: demográfico, económico, social e ideológico.

El presente trabajo tiene por finalidad analizar símbolos, imágenes y costumbres sagradas del nosotros y su impacto sobre el otro americano, es decir, ver de qué manera los símbolos y costumbres europeas (*el nosotros*) reemplazaron los símbolos y costumbres americanos (*el otro*). En cuanto a los símbolos analizados se tomará especialmente la cruz y se intentará percibir su impacto diferencial en la sociedad indígena.

2. El nosotros europeo y el otro americano

Los objetivos que se propuso desarrollar la iglesia en el Nuevo Mundo estuvieron ligados a los intereses coloniales de la corona: “[...] los Reyes Católicos estaban obligados a promover la conversión de los habitantes de las tierras recién descubiertas y a proteger y mantener a la iglesia militante bajo el Patronato Real. La corona de Castilla asumió el control de la vida de la Iglesia en un grado desconocido en Europa. La política eclesiástica se convirtió en un aspecto más de la política colonial, [...] la iglesia de América tenía asignada una misión práctica: activar la sumisión y la europeización de los indios y predicar la lealtad a la corona de Castilla” (Barnadas 1990,186).

La Inquisición fue un aparato de control ideológico que se estableció en América con el fin de controlar las distintas concepciones religiosas indígenas en las zonas centrales del dominio español. El descubrimiento de que persistían ciertas prácticas paganas desató una lucha a muerte, concebida según el método inquisitorial: se predicaba sistemáticamente contra la idolatría en todos los pueblos; los sospechosos de ella eran denunciados a las autoridades, y se “reconciliaban” o se les condenaba como contumaces. La consecuencia era el encarcelamiento, la destrucción física de cualquier símbolo considerado idolátrico y el severo castigo de los llamados hechiceros.

La resistencia se manifestó en distintas sociedades indígenas y con características que respondían a la construcción misma de la alteridad, que no era nuevo en la época de la conquista, puesto que ya desde la antigüedad había alumbramientos de estas cuestiones: “la diferencia de lengua es la marca fundamental de la alteridad” (García-Gual 1992, 8). Los monstruos tradicionales de Occidente “son los que representan la “alteridad”, no en la identidad, pues aunque vivan “*extera Europae*”, no reflejan otra visión que la que Occidente tiene de sí mismo, el contrapunto del otro” (Rojas Mix 1992, 67).

Los exponentes más claros y notorios de la resistencia indígena fueron las sociedades de Mesoamérica y de los Andes, pero el grito de rebelión se escuchó en algún momento de la historia colonial en diferentes lugares. Se entiende que la conquista haya sido tan traumática y de dimensiones psicológicas tan fuertes, pues “[...] los documentos indígenas exhalan una atmósfera de terror religioso ante la llegada de los españoles. Aunque éstas eran interpretaciones retrospectivas, tales descripciones testimonian el trauma experimentado por los nativos americanos: profecías y portentos vaticinaban el fin de los tiempos; luego, de repente, aparecieron unos monstruos de cuatro patas montados por criaturas blancas de aspecto humano” (Wachtel 1990, 170).

Además, “[...] las sociedades indígenas de América, en el momento de llegar los españoles, poseen una estructura donde la dimensión religiosa atraviesa todos los niveles: la vida económica, la organización social y las luchas políticas” (Wachtel 1976 : 54). Por todo ello también se generó un sentimiento de resistencia frente al intento español de imponer su ideología

cristiana.

Si bien la conquista redujo las supuestas idolatrías del Nuevo Mundo, no apagó en los indígenas locales el sentimiento de pertenencia a sus creencias populares. “La conquista y la dominación española impusieron a los andinos un saber nuevo, según el cual los españoles y sus dioses fueron más poderosos que los incas y sus dioses” (Szemiński 1993, 183). Así como sucedió en los Andes sucedió en toda América, en mayor y menor medida, siempre mostrando el poderío del conquistador en los aspectos cotidianos de la vida.

Más allá de que oficialmente la religión católica estuviera expuesta como la única y verdadera, vale decir que hubo paralelamente un continuo estar de los dioses locales. “(...) a pesar de la evangelización, el cristianismo y la religión andina permanecen ampliamente yuxtapuestas”(Watchel 1976, 238), pues hay una interacción permanente entre dominadores y dominados.

En el siglo dieciséis, la salvación espiritual de los indios fue la única justificación “universalmente” admisible para la expansión española. Por eso el envío de religiosos a América era una cuestión de política imperial. La erradicación de las religiones amerindias fue, por lo tanto, una “tarea” que los conquistadores, militares y religiosos, se propusieron desde el comienzo de su empresa de expansión: en casos persuasiva y en casos violenta, la “conquista espiritual” que llevaron a lo largo de los siglos dieciséis y diecisiete, supuso siempre la erradicación total y definitiva de las prácticas religiosas indígenas, definidas como “idolátricas”. Es decir que no sólo había que conquistar militarmente, sino espiritualmente a toda esa masa de individuos que representaban al “otro americano”, especialmente poder eliminar las representaciones del imaginario indígena que podían atentar contra la cohesión mental que estaba intentando imponer la cultura europea.

3. Los símbolos y las imágenes

3.1. La Cruz

Dentro de los símbolos que se intentaron imponer en América, la cruz tuvo un papel importante, y esto no es casualidad. “Resulta la cruz de la

intersección de la vertical¹ y la horizontal², lo cual le confiere un simbolismo totalizador. Nos hallamos ante uno de los símbolos fundamentales, acaso el más rico y complejo de todos, en cuanto abarca y perfecciona, a los demás símbolos, respectivamente." (Revilla 1995, 117). Dentro de las representaciones de los conquistadores, todos ellos con una mentalidad cristiana, la cruz es el referente más claro de su pertenencia a la verdadera religión, a la única verdad del mundo: el cristianismo.

La cruz representa esa unión entre el cielo y la tierra, la relación entre lo divino y lo no divino, entre los de arriba y lo de abajo. Esta idea de ambigüedad (lo de arriba y lo de abajo) también está presente en la mentalidad indígena: "Hasta 1572 el Inca, ordenador del mundo humano, hijo del Sol y de la Luna en el mundo de arriba, hijo de Wana Kawri *waka* en el mundo de abajo, hermano y descendiente del rayo *Illapa* y de la serpiente, *Amaru*, dueño de las cuatro partes del mundo, el alimentador, y el protector de los pobres, realmente existió a pesar de haber perdido durante treinta años de guerras la mayoría de sus súbditos" (Szemiński 1993, 196).

Los esfuerzos por instalar en el colectivo indígena la cruz cristiana estuvieron presentes desde la llegada de Colón, puesto que traía consigo la cruz, símbolo, además, de protección en la empresa llevada a cabo por los reyes católicos hacia las supuestas Indias Orientales. Tengamos en cuenta que en la cruz " [...] se entremezclan el tiempo y el espacio" (Chevalier & Gheerbrant, 1993, 363).

La representación de la cruz como conector entre lo de arriba y lo de abajo está presente en los relatos españoles del siglo dieciséis. Cuando Hernando Cortés llegó a tierra después de salir de Cuba en busca de tierras y provisiones, se encuentra con dos indígenas que:

"[...] benían hazia ellos braziando y haziendo señales de cruces y

¹ Vertical: "...ha sugerido siempre elevación, superación, dinámica, existencia, afirmación, sublimación, trascendencia", REVILLA 1995, 419

² Horizontal: "...refleja inercia, quietud, muerte". REVILLA 1995, 419

hincándose las rodillas en el suelo, alzando las cabezas al cielo”
(Suárez de Peralta 1990, 90).

Cuando los misioneros y frailes se asentaron en el Nuevo Mundo, comenzó la tarea de evangelización y adoctrinamiento de los habitantes locales de manera personalizada, lo cual, estuvo acompañado de la fundación de iglesias y misiones que respaldaban el trabajo de estos personajes. Como parte de la nueva estructura urbana y planificada que el ideario imperial instaló en el continente, las iglesias desempeñaban un papel importante como centros emisores de la ideología cristiana, y además como fuente de las creencias aceptadas por el reino de España a las cuales debían someterse y profesar los indígenas locales. En esta travesía de evangelización, parte del trabajo fue imponer doctrinas, símbolos, imágenes y liturgias católicas a la población indígena, por lo que hubo un importante interés en vestir las iglesias con símbolos de la cristiandad europea:

“Entonces no había proveídas dignidades en la iglesia sino todo se gastaba en ornamentos y edificios de la iglesia, por lo cual está tan ricamente ataviada y adornada como una de las buenas iglesias de España, aunque a el dicho fray Juan de Azumárraga no le faltaron trabajos, hasta hacerle volver a venir a España, dejando primero levantada la señal de la cruz, de la cual comenzaron a pintar muchas; y como en esta tierra hay muy altas montañas, también hicieron altas y grandes cruces, a las cuales adoraban, y mirando sanaban algunos que aún estaban heridos de la idolatría” (de Benavente 2001, 79).

El adoctrinamiento de la cultura de los indígenas era muy difícil de llevar a cabo, puesto que ellos mantenían sus creencias anteriores a la llegada de los españoles, y por lo cual disimulaban en ocasiones los cultos que mantenían:

“Desde ha poco tiempo vinieron a decir a los frailes cómo escondían los indios los ídolos y ponían en los pies de las cruces, o en aquellas gradas debajo de

las piedras, para allí hacer que adoraban la cruz y adorar a el demonio, y querían allí guarecer la vida de su idolatría” (de Benavente 2001, 86).

Las creencias indígenas quedaron materializadas en la cruz, lo cual facilitó, al momento de agregar la carga ideológica de la cristiandad, la aceptación de significados complejos y profundos. Se difundió por el continente, en algunos lugares más que en otros, con mucho significado, y le dio importancia a las creencias de ambas tradiciones, la indígena y la cristiana:

“Está ensalzada en esta tierra la señal de la cruz por todos los pueblos y caminos que se dice que ninguna parte de la cristiandad está más ensalzada, ni adonde tantas ni tales ni tan altas cruces haya[...].” (de Benavente 2001, 188).

En el caso de la tradición indígena, la cruz sincretizó las creencias y representaciones precolombinas y la nueva ideología cristiana; en el caso de la tradición cristiana española era el más fiel símbolo de la relación entre Dios y los hombres. Pero en ambos casos este símbolo sirvió como conector entre lo celestial y lo terrenal, entre lo de arriba y lo de abajo, entre lo conocido y lo imaginado.

La cruz, como símbolo aceptado en general por todas las poblaciones del Nuevo Mundo, se construyó en distintos materiales, aunque todos con gran valor (en ambas tradiciones había determinados materiales, que eran de prestigio para caracterizar los símbolos) y se adornaban para fiestas especiales, lo cual exponía la sacralización que había adquirido este símbolo:

“[...] en especial la de los patios de las iglesias son muy solemnes, las cuales cada domingo y cada fiesta adornan con muchas rosas y flores, y espadañas y ramos. En las iglesias y en los altares las tienen de oro y plata, y pluma, no macizas, sino de hoja de oro y plata sobre palo. otras muchas cruces se han hecho y hacen en piedras de turquesas, que en esta tierra hay muchas, aunque sacan pocas de tumbo, sino llanas, éstas, después de hecha la talla de la cruz, o labrada en palo, y puesto un fuerte betún o

engrudo, y labradas aquellas piedras, van con fuego sutilmente ablandando el engrudo y asentando las turquesas hasta cubrir toda la cruz, y entre estas turquesas asientan otras piedras de otros colores. Estas cruces son muy vistosas, y los lapidarios las tienen en mucho, y dicen que son de mucho valor [...]” (de Benavente 2001, 188).

A estas representaciones de la cruz se les otorgó un tinte místico y religioso más explícito, como por ejemplo el decir que frente a un crucifijo se produjo un determinado milagro o que los indígenas eran devotos incondicionales de ella:

“Delante de esta señal de la cruz han acontecido milagros, que dejo de decir por causa de brevedad; mas digo que los indios la tienen con tanta veneración, que muchos ayunan los viernes y se abstienen aquel día de tocar a su mujeres, por devoción y reverencia de la cruz.” (de Benavente 2001, 189).

3.2. Las imágenes del *nosotros* en el espacio del *otro*

De igual manera que en España, la Inquisición fue el instrumento de lucha contra la disidencia religiosa. Trasladada a América hacia 1519, funcionó de ahí en más por medio de los tribunales de Lima (que se habían fundado en 1570), Ciudad de México (fundado en 1571) y Cartagena (fundado en 1610). No obstante, la Inquisición no tenía jurisdicción estricta sobre los indígenas. La conquista espiritual estuvo básicamente en manos de los frailes y sacerdotes, quienes se embarcaron en la empresa de evangelización y enfrentaron problemas como el desconocimiento de los idiomas locales. “Los indígenas encontraban útil para la preservación de su identidad étnica ciertos elementos de la cristiandad, entre ellos los nuevos pueblos formados por los frailes, las iglesias con sus cruces e imágenes o el culto a los varios santos patronos, pero la internalización de los principios más fundamentales de la fe como era entendida por las autoridades eclesiásticas, la “conquista espiritual” de los indígenas permaneció siempre sin completar.” (Webre 1993, 169).

Durante la etapa de organización de la mano de obra indígena en las encomiendas, había que ocupar un lugar para poner imágenes de la cristiandad:

“Que en las estancias o en otras partes donde los españoles se sirvieren de los dichos indios, tengan una parte señalada donde tengan una imagen de Nuestra Señora[...]”(Cortés 1524, 326).

La mayoría de las iglesias construidas fueron edificadas sobre los antiguos templos sagrados de las culturas locales, como imagen del poder de este nuevo Dios (reconciliado con sus hijos por medio del sacrificio de Jesucristo en una cruz) que llegó a salvarlos de sus idolatrías. Esta idea de que los pueblos indígenas eran idólatras estuvo muy arraigada en la mentalidad de los españoles, incluso relacionada con sus enemigos europeos que habían estado ocupando el reino de Castilla y Aragón, los musulmanes:

“Los ritos y costumbres de los yndios. Ellos eran llanamente las mismas de los moros: ydólatras. Hallaron los españoles, al tiempo que pasaron a aquellas provincias, grandísimas ydolatrías, y eran de las que se hallan escritas de los ritos antiguos gentiles: como sacrificar ombres, tener templos y estatuas de ydolos, adorar los animales y onrarlos con procepciones, ayunos y sacrificios de sangre, ser supersticiosos en mirar ahueros y tenerlos casi todos los que de los antiguos se escriben” (de Peralta 1990, 51).

La conquista representaba en el fondo el choque de dos tradiciones irreconciliables: por una parte, la religión indígena, una tradición politeísta, que siempre había incorporado elementos nuevos, mientras por la otra, el cristianismo constituido un sistema recién incorporado al Nuevo Mundo exigía que los "nuevos fieles" abandonaran todas las viejas creencias. "Difícil debe haber sido, para los indígenas poder entender la idea ambigua de un solo Dios y la trinidad que predicaban los sacerdotes, o la destrucción que realizaron los frailes de los “ídolos” locales y el reemplazo por crucifijos, santos y vírgenes que colocaron en su lugar (Webre 1993, 169):

“[...] venían muchos de ellos [indios] los domingos y fiestas a oír la palabra de Dios y lo primero que fue menester decirles, fue darles a entender quién es Dios, uno todopoderoso, sin principio ni fin, creador de todas las cosas, cuyo saber no tiene fin, suma bondad, el cual creó todas las cosas visibles e invisibles, y las conserva y da ser [...] y luego junto con esto fue menester darles también a entender quién era Santa María, porque hasta entonces solamente nombraban a maría, y diciendo este nombre pensaban que nombraban a Dios, y [a] todas las imágenes que veían llamaban Santa María” (de Benavente 2001, 83).

Vemos entonces que en cada una de las etapas que el español intentó dominar a las comunidades locales, más allá de hacerlo por la fuerza siempre plasmó la idea de una “lucha espiritual”.

4. Conclusiones

Con el traslado de varias instituciones, prácticas y costumbres del viejo continente hacia el Nuevo Mundo, se trasvasaron una gran cantidad de representaciones y símbolos, que eran propios de la cultura europea, pero que también cobraron relevancia en el espacio hispanoamericano.

La cruz, tenía un significado propio en las culturas locales, que al unirse con la carga ideológica de la cultura conquistadora cobró una importancia particular y relevante. El símbolo de la cruz yuxtapuso culturas americanas y culturas europeas, quienes le dieron un nuevo sentido y le otorgaron un lugar importante dentro de cada una de ellas.

5. Bibliografía

5.1. Fuentes

- Benavente, Fray Toribio de. 2001. *Historia de los indios de la Nueva España*[1555] edición de Claudio Esteva Fabregat, Madrid : Dastin, Crónicas de América 17.
- Cortés, H. 1524. *Ordenanzas sobre la forma y manera en que los encomenderos pueden servirse de los naturales que le fueron depositados*. Martínez 1990, 324-327.

- Martínez, J. L. 1990. *Documentos Cortesanos I. 1518-1528*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Suárez de Peralta, Juan. 1990. *Tratado del descubrimiento de las Yndias y su conquista* [1589] edición de Giorgio Perissinotto. Madrid : Alianza.

5.2. Estudios

- Barnadas, Josep. 1990. "La Iglesia Católica en la Hispanoamérica colonial", Bethell ed. 1990, 185-204.
- Bethell, Leslie. 1990. *Historia de América Latina 2. América Latina colonial: Europa y América en los siglos XVI, XVII, XVIII*. Barcelona : Crítica.
- Chevalier, Jean y Alain Gheerbrant. 1993. *Diccionario de los símbolos*. Barcelona : Herder.
- Estévez Gutierrez, M. y Miguel León-Portilla (eds.), 1993. *De palabra y obra en el Nuevo Mundo 3. La formación del otro*. Madrid : Siglo XXI.
- Gary H. Gosse, J. Jorge Klor de Alva, M. Gutiérrez Estévez y Miguel León-Portilla (ed.), 1993. *De palabra y obra en el Nuevo Mundo 3. La formación del otro*. Madrid : Siglo XXI.
- Pinto Soria, Julio (ed.) 1993. *Historia general de Centro América: el régimen colonial*. Madrid : Sociedad Estatal Quinto Centenario.
- Revilla, Federico. 1995. *Diccionario de iconografía y simbología*. Madrid : Cátedra.
- Rojas Mix, Miguel. 1992. *América imaginaria*. Barcelona : Lumen.
- Silverblatt, Irene. 1993. "El surgimiento de la indianidad en los Andes del Perú central: el nativismo del siglo XVII y los muchos significados de "indio", Gary H. Gosse, J. Jorge Klor de Alva, M. Gutiérrez Estévez y Miguel León-Portilla (eds.) 1993, 459-481.
- Szeminski, Jan. 1993. "La Transformación de los significados en los Andes centrales (siglos XVI-XVII)", Gary H. Gosse, J. Jorge Klor de Alva, M. Gutiérrez Estévez y Miguel León-Portilla (eds.) 1993, 181-230.
- Wachtel, Nathan. 1976. *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*. Madrid : Alianza.
- Webre, Stephen. 1993. "Poder e ideología: la consolidación del sistema colonial (1542-1700)", Pinto Soria, ed. 1993, 151-218.